
LA REPÚBLICA BURGUESA

Si lo que los obreros anarquistas y socialistas reprochan á la República es el no tomar partido por un interés de clase, nada es más cierto y fundado que esa imputación. No: la República no apadrina los más por ser los más, contra los menos por ser menos. La República no excluirá á nadie de la comunidad del derecho. La República no reconocerá otros ilegales, sino aquellos que voluntariamente se salgan de la ley. La República no sustituirá una explotación por otra explotación, una tiranía por otra tiranía. La República no convertirá al Estado en arma que unos ciudadanos puedan esgrimir contra otros ciudadanos, ni prostituirá la autoridad trocándola en instrumento de pasiones, ni hará del poder un esclavo sumiso del odio.

¿Quiere esto decir que la República deba cruzarse de brazos ante los problemas sociales y proclamar el *laissez faire*? ¿No hay nada de justo en las reivindicaciones del trabajo? ¿Nada tiene que ver con ellas el Estado? ¿No cabe distinguir entre las aspiraciones de renovación social, el oro del oropel y el grano de la cizaña? Permanecien-

do inerte, pasivo ante el conflicto de los intereses, ¿no toma de hecho el Estado partido por los opresores contra los oprimidos? Si no debe patrocinar los extravíos de los más, ¿deberá mantener el monopolio de los menos? ¿Está obligada la República á aceptar la herencia de la mesocracia? ¿Debe respetar una legislación de la propiedad fundada en principios de privilegio y que pone artificialmente condiciones de desigualdad en el gran duelo de la existencia? ¿Mantendremos esa concepción abstracta de la libertad que pena el juego y tolera la usura, que persigue las opiniones y reglamenta la prostitución, que consiente la explotación del hombre y es inexorable con el hambriento ~~to~~ que roba un pan? ¿Volveremos á la noción del Estado policía, especie de agrimensor de las libertades individuales, que presencia el movimiento de la vida social con la misma indiferente vigilancia con que contempla el *va y ven* de la muchedumbre un guardia civil encargado de mantener el orden público?

La República es la consumación definitiva, la última palabra de la evolución política, tal á lo menos como hasta el presente nos es dado concebir la organización de los poderes del Estado. Los que profesen el *statu quo* en punto á reformas sociales, han de llegar, proclamada la República, al absoluto quietismo. Si el Estado alcanza en esa forma su constitución permanente, si en punto á la obra social no le corresponde intervención alguna, síguese lógicamente que, llegado á ese punto, nada le resta ya por hacer. Ha ago-

tado su vitalidad, ha consumado su destino. El progreso no tiene para él promesas, ni la vida horizontes, ni el porvenir esperanzas, ni la evolución sentido, ni la actividad estímulo. Humanizado el matrimonio, instaurado el sufragio, establecido el jurado, sustituidas las viejas monarquías por una magistratura amovible y responsable, todo lo posible está realizado. El ideal entero se ha encarnado en la realidad. El Estado es, como lo pretendía Hegel, la libertad misma concretada en institución, la perfección absoluta, el Dios presente. Toda aspiración está en él lograda: la razón humana no puede concebir un más allá.

Y ¡contraste singular! Enfrente de esa democracia petrificada, inerte, estática, cerrada á toda ulterior evolución, muerta para toda vida por efecto de su perfección irreprochable, los poderes viejos, los poderes caducos, los poderes moribundos, ofrecerían una extraña fecundidad de ultratumba. Donde la democracia nada podría hacer, ellos lo prometerían todo. Donde el derecho se reconocería impotente, las arbitrariedades del poder personal tendríanse por poderosas. Los papeles resultarían invertidos. Mientras la joven democracia llegaba de repente á una estéril caducidad, esas instituciones decrepitas renovarían el milagro del viejo Fausto, recobrando de un golpe toda la savia de la juventud. Nosotros seríamos el pasado, ellas el porvenir. Nosotros seríamos la desesperación, ellas la esperanza. Nosotros inmovilizaríamos la vida, ellas la darían

libre curso. Nosotros defenderíamos los fueros del privilegio, ellas las aspiraciones del derecho. La República simbolizaría el estancamiento y la muerte; salidos de sus tumbas seculares esos dos ~~viejos~~ ^{vestigios} de la Edad Media que se llaman el Papado y el Imperio, ostentarían en sus manos de esqueleto la bandera de la regeneración de los pueblos.

¿Es esto racional? ¿Es esto justo? ¿Es esto posible? ¿Puede cambiarse así de improviso la vida en muerte y la muerte en vida? ¿Puede el derecho trocarse en defensor del privilegio y el privilegio en amparo del derecho? Tal es el peligro de la República mesocrática y burguesa. No sería la vez primera en que la libertad abstracta se ha transformado en servidumbre. Libremente anudaron los bárbaros los vínculos de la ominosa dominación feudal. Importa que la democracia ensanche sus horizontes; que reconozca que en el fondo del movimiento socialista hay un nuevo y más amplio concepto del derecho que alborea en los horizontes de la conciencia humana. Si así no lo hace, si no contrasta su sentido ya tradicional con el nuevo sentido que nace, para obtener en ambos una recíproca depuración de utopias, estrecheces y errores, si consiente que los poderes arcaicos conviertan la enseña de las reivindicaciones del trabajo en arma con que destruir la grande obra de la revolución, á nadie sino á ella deberán ser imputados los quebrantos que en la lucha que se acerca puedan experimentar la civilización y la libertad.

LA PIEDAD SUPREMA

Cada vez que se comete uno de esos delitos en los cuales revela su autor, más bien que la fría perversidad de un alma criminal, el arranque fiero é inconsciente de la bestia; solemos todos esforzarnos por sacar á la sociedad el tanto de culpa que en el crimen le corresponde. De seres envilecidos, degradados, hijos del arroyo, discípulos del azar, criados en la miseria, formados en la ignorancia, desechos de la ergástula social, herederos forzosos de todas las degeneraciones, ¿no es temerario, no es insensato prometerse una irreprochable conducta moral? ¿Saben ellos qué es moralidad, virtud, justicia, deber? ¿Conocen la ciencia del bien y del mal? ¿Han aprendido á vencer sus apetitos, á domar sus pasiones, á sujetar el instinto con la cadena de hierro de la voluntad? ¿Se ha procurado despertar en esas almas algo que pueda servir de contrapeso á la solici- tación incesante de las tentaciones que llevan al crimen por el plano inclinado del vicio? La res- ponsabilidad que la ley les atribuye, ¿no es una falsa abstracción? La acción tutelar del Estado, ¿tiene para ellos otros órganos sino el guardia

civil, el juez, el carcelero y el verdugo? ¿Y no reclamaría el rigor del derecho que la sociedad, coautora de sus crímenes, acompañase á presidio á tales delincuentes y se hiciese dar garrote en el patíbulo en que los manda ajusticiar?

Volvamos ahora los ojos al extremo opuesto. Dejemos la tasca para penetrar en el palacio: pasemos de la guarida al salón. ¿Qué encontramos allí? La apoteosis del capricho, el deslumbramiento del lujo, la deificación de la arbitrariedad sin límites, sin freno, sin medida. Criaturas extraviadas desde la infancia por una educación falsa y corruptora. Una existencia artificial, de estufa, creada como de intento para separar el corazón y la mente de todas las cosas reales y serias de la vida. Una sociedad cerrada, limitada, circunscripta, exclusiva, que sólo se conoce á sí misma. Seres aparte, habitantes de un mundo de convención, ajenos de todo punto á la gran disciplina de la realidad. Niños que tienen por Mentor á alguna institutriz tan limitada como pudibunda. Hombres y mujeres que pasan por el planeta como por los países que visitan en sus excursiones estivales, viendo de las cosas la apariencia y muriendo sin haber vivido. Viejos presumidos, infantiles, que tiñen sus canas como si pretendiesen disimular, juntamente con los estragos irreparables de los años, la vergüenza de su senil inexperiencia.

Seamos justos, seamos humanos. No agotemos en lamentar las faltas de los desheredados todo el tesoro de nuestra piedad. Reservemos una

buena parte para los extravíos de los opulentos. La depravación elegante de Currita ~~de~~ Albornoz no debe merecernos menor indulgencia que el criminal salvajismo de Cintavelde. Desconoce éste los altos idealismos de la moral; aquélla las realidades austeras de la vida. Se pierde el uno en el brutal empuje de las pasiones inconscientes, la otra en los caprichosos arabescos de una fantasía indisciplinada. Ignora él qué cosa sean arte, poesía, justicia, religión y moralidad; pero, ¿lo sabe élla? ¿Conoce ella otro arte que el lujo, ni otra poesía que la de album, ni otra justicia que el buen tono, ni otra religión que el ritual, ni otra moralidad que la ley imperiosa de su albedrío? Cuando ha organizado algún festival caritativo, ó ha pedido para la Iglesia en Jueves Santo, ó ha acudido á la corrida de Beneficencia, ó ha costeado alguna solemnidad religiosa, ¿no juzga haber cumplido con creces todos sus deberes de aristócrata y de cristiana?

No es la miseria la única fuente de tentaciones ni la incultura el solo manantial de debilidades. La ignorancia no se cifra toda ella en desconocer el alfabeto. Cuando la hermana de Luis XVI, preguntaba por qué razón, á falta de pan, no comía bizcochos el pueblo que se moría de hambre, daba prueba de una estulticia capaz de hacer morir de risa al patán más rudo. Los que, mostrando á Luis XV, niño todavía, la multitud agolpada bajo sus balcones, decíanle que todo aquel pueblo era suyo, contribuían más á falsear su mente y falsear su espíritu que el ladrón viejo

que se entretiene en adiestrar al rapaz en los refinamientos del hurto. La opulencia, la ociosidad, el hábito de dominación, el culto del placer, la proscripción absoluta de todo lo desagradable, la sobreestima de uno mismo y el desprecio de los demás, no son mejor escuela de moralidad que el abandono, la degradación y la miseria. Ambos extremos conducen á resultados idénticos en el fondo, aunque en la forma opuestos. Hombres, no debemos tenernos por excluidos de nada de cuanto es humano. Debemos pensar que, educados en cualquiera de estos dos términos extremos de la vida social, no estaríamos acaso limpios de pecado. Los goces que á los unos prodiga la fortuna, los sufrimientos que reserva á los otros la adversidad, no deben ser parte á hacerlos olvidar que bajo el aspecto de la responsabilidad, apenas cabe señalar entre ellos diferencia. Son concreciones del medio en que viven. La humanidad ordena tender sobre las faltas de unos y otros un mismo velo de indulgencia.

Pero ¿es esto cuanto importa hacer á ese propósito? Incesantemente pedimos al Estado que ponga cuanto esté en su mano para desterrar de entre nosotros la degradación, la miseria, la ignorancia, el vicio. ¿Por qué no hemos de pedirle que haga cuanto estime prudente y oportuno para evitar el extremo opuesto de la ociosidad, el lujo, la opulencia? ¿No es en el fondo la misma para ambas situaciones extremas la razón de utilidad y moralidad social? ¿No es en interés de todos, incluso de los desheredados, incluso de los opu-

lentos, como cabe demandar la abolición gradual, en la medida de lo posible, de esas fuentes de error, de vicio, de torpeza y de pecado?

¿Va el Estado á despojar á los ricos? ¿Va á señalar arbitrariamente un máximun de fortuna? ¿Va á consumir una confiscación en masa? Claro es que no. Pero ¡hay tantos medios indirectos que pueden ser empleados para impedir, en términos de derecho, que las fortunas, divididas por la herencia, vuelvan á acumularse de nuevo! La pérdida de la propiedad de aquellas tierras que el propietario no cultive dejándolas yermas y eriales y defraudando así á la sociedad en su justo y legítimo interés, la alta tributación impuesta á los artículos de lujo, el gravamen creciente sobre todo capital que, como la Deuda del Estado, sirve las más veces para mantener á su dueño en el ocio, el establecimiento del impuesto progresivo, irían mermando lentamente las grandes fortunas y produciendo un cierto equilibrio económico. Estas causas que obran á la larga son siempre las más potentes y eficaces. ¡Ojalá que el problema de la ignorancia y el de la miseria tuviesen solución tan llana!



DESPILFARROS

¡Hay leyes económicas? Distingamos. Si por tales se entiende normas fatales, ineluctables como las de la naturaleza, esas leyes no existen. Sus propios defensores lo revelan al lamentar su inobservancia. ¿Qué especie de leyes naturales serían esas que no han regido en ningún tiempo? ¿No tendríamos por insensato al que nos dijera que los griegos no obedecieron á la ley de la inercia ó que los romanos quebrantaron la ley de la gravedad? Ahora, si por leyes económicas ha de entenderse las consecuencias naturales y necesarias que en la esfera de los intereses derivan de los actos, habrá que reconocer su existencia. Pero sin que por ello difiera el orden económico de todos los otros órdenes de la sociedad y de todas las restantes esferas de la conducta.

Como Spencer pretende reducir todos los principios de la filosofía natural al principio supremo de la conservación de la fuerza, así han pretendido los economistas clásicos reducir todo el contenido de su ciencia á la norma soberana del interés individual. No hay otro móvil de la pro-

ducción que el interés ni otro interés que el del individuo. Cuanto estimula al interés es favorable; cuanto le debilita, adverso. Son axiomas del economismo. Como quiera que la economía haya sido definida: ciencia de la riqueza, del valor, del trabajo, de la propiedad, su verdadero, su único objeto, fué siempre el interés individual. La ciencia económica ha venido siendo la sistematización del egoísmo.

Adoptemos el criterio. Tomemos los hombres y las cosas como son. No soñemos, no idealicemos, no erijamos ídolos. El trabajo no es bueno, ni provechoso, ni deseable, ni sacrosanto, el trabajo es simplemente necesario. ¿A qué dorar nuestras cadenas y deificar nuestras miserias? El trabajo voluntario, el trabajo de afición, tal como lo concibiera Fourier no pasa de ser una utopía. El libre y espontáneo empleo de las facultades humanas, el juego del niño, el *diletantismo* del adulto, no constituyen el trabajo económico. Ese esfuerzo diario, reglamentado, duro, ingrato, ominoso, no se hace por gusto. Sin el imperativo de la necesidad ó el acicate del interés ¿cuántos trabajarían? Pocas son las labores humanas que llevan en sí su recompensa. Sólo algún artista, algún sábio pueden ser trabajadores por vocación. Para la inmensa mayoría de los mortales es el trabajo, si no maldición de Dios, efecto indeclinable de la humana servidumbre.

Fin, la producción; fuerza, el interés; forma, la libertad: tal es la trilogía economista. Y de tal suerte ha llegado á acreditarse la receta, que na-

die, ni aún los más irreconciliables enemigos del economismo clásico, ponen en duda su eficacia. Se protesta, se reniega, se maldice de las iniquidades perpetradas, al amparo de la doctrina del *laissez faire*, en cuanto atañe á la distribución de los productos del trabajo. Se anatematiza la absorción ejercida por el capital; se clama contra el despojo. Toda la cuestión social se reduce á un problema de tuyo y mío. En lo que respecta á la cuantía de la producción, la organización actual parece á los más irreprochable. Ha llegado hasta á lamentarse su excesiva fecundidad. Por una falsa interpretación de los hechos, en vez de decir que se produce mal, torpe, desordenada, inorgánicamente, suelen afirmar los socialistas que se produce demasiado. ¡Demasiado! ¡Como si la humanidad anduviera toda ella nadando en la opulencia y pletórica de bienes!

¿Es cierto que la actual organización económica sea la más productiva? ¿Es cierto que, bajo el presente régimen anárquico, se aprovechen para labor útil todas las energías sociales? ¿Es cierto que, mediante él, se obtenga, con *mínimum* de esfuerzo, el *máximum* de resultado?

Probar lo contrario sería destruir el último reducto de la vieja economía. Nunca ella se propuso otro problema. ¿Es justo el interés; lo son la renta, la propiedad privada, la herencia, la especulación? Poco importa. Basta que sean útiles. Si la propiedad individual estimula la producción; si la prosperidad de los ricos es emulación en los pobres; si la perspectiva de enrique-

cer al hijo hace trabajar al padre; si la renta pone la tierra á disposición del trabajo; si el interés depara capitales á la industria; si la especulación realiza las maravillas que le atribuye Saccard en *L'Argent*, bueno, excelente, óptimo será todo ello. Lo que importa es producir, producir mucho, producir lo más posible. Allá se las hayan el moralista y el jurisconsulto con sus deberes y sus justicias; para el economista no son las cosas morales ó inmorales, justas ó injustas, sino útiles ó nocivas. La satisfacción de la vanidad, ha dicho J. B. Say, es en ocasiones una necesidad tan imperiosa como el hambre. A ese título el optimismo á lo Bastiat sobrepuja, en su enaltecimiento de lo presente, al del inmortal maestro de *Cándido*.

¿Qué hay en ello de verdad? Díganlo los hechos. Como el árbol por sus frutos, una organización social ha de ser juzgada por sus efectos. ¿Cuáles son los de la presente? Ricos holgazanes, sin necesidad, ni gusto, ni capacidad, ni estímulo para producir. Trabajadores indigentes, sin esperanza de mejora, sometidos de por vida á esa que se ha denominado con entera propiedad ley de hierro, que reduce el salario á lo estrictamente necesario para no morir de presente. La opulencia engendrando el ocio y el ocio produciendo el vicio, rico, dorado, espléndido, fastuoso, triunfante, con sus varias y lucrativas profesiones de Celestina, horizontal, manceba, jugador, gancho, por cuyas sendas de flores caminan sus asalariados hasta dar con sus huesos en el

hospital ó el presidio. El lujo como una verdadera aberración y descamino de la producción, engendradora de industrias artificiales, mantenedor y creador de necesidades ficticias, afrenta de la miseria, manantial perenne del odio, provocador de los grandes trastornos sociales. Un ejército de intermediarios inútiles, parasitarios, que se interponen entre el productor y el consumidor para elevar los precios, obteniendo, á cambio de un servicio ilusorio, una injusta retribución. Poseedores de grandes latifundios cuya indolencia esteriliza los dones de la naturaleza y hace morir de hambre á poblaciones enteras sobre un suelo fertilísimo trocado en infecundo. Acaparadores de artículos de primera necesidad que especulan con la miseria para alcanzar á sus expensas un infame lucro. Dueños de terrenos que los sustraen al comercio, esperando inactivos el alza de los precios. Acreedores del Estado para los cuales son títulos á la pereza los títulos de la Deuda. Jugadores de Bolsa, viviendo entre los afanes de una laboriosísima ociosidad y á quienes una oscilación impensada del mercado bruscamente enriquece ó arruina. La usura, chupando la sangre á la indigencia y engordando con los despojos de la ruina. La especulación, sustentándose ampliamente con las falsificaciones del valor. Las generaciones pasadas, pesando con inmensa pesadumbre sobre la generación presente en forma de capital acumulado, imponiéndola desde la tumba, con su voluntad inexorable, la más dura de las vinculaciones, creando desde la nada ese

poder ficticio de unos hombres sobre el fruto del trabajo de otros que se denomina fortuna, bienes, patrimonio.

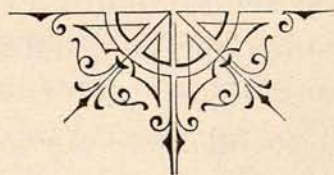
Aun aquellas instituciones del régimen tradicional de la propiedad que han sido más recomendadas por su excelencia económica, ofrecen el mismo carácter. Si las comodidades de la riqueza son acicate para el pobre ¿no son para el rico motivo de inactividad? Si la herencia incita al padre á la ganancia ¿no es para legar al hijo el derecho al ócio? Si el interés procura capital á las empresas ¿no es á cambio de mantener la inercia del capitalista? Si la renta depara la tierra al arrendatario ¿no sostiene la pereza del dueño? ¿Cómo no se ha querido ver en los resultados de instituciones semejantes esa doble faz? Con una mano quitan á la producción lo que le dan con la otra. Y aun cuando sus ventajas y sus perjuicios pudieran equivalerse, no por eso cabría tenerlas siquiera por indiferentes, ya que, quebrantando la ley natural conforme á la cual todo el que pueda debe trabajar y la norma del derecho según la que todo trabajador debe recibir íntegro el producto de su trabajo, destruyen, juntamente con el sentido de la justicia, el primer fundamento de todo legítimo estímulo.

Tal es el orden económico actual. ¡Qué enormidad de causas antiproductoras! ¡Qué cúmulo de contradicciones! ¡Qué derroche de fuerzas perdidas, de energías mal empleadas, de actividades estériles, de potencialidades malogradas! ¡Cuántos móviles perniciosos! ¡Cuántos motivos de de-

saliento para el trabajo! ¡Qué de extravíos y descaminos en la obra de la producción! Y cuenta que hacemos caso omiso de la guerra, la paz armada, las prodigalidades administrativas, las trampas nacionales, los medios ilegítimos de la rápida fortuna, excesos todos que, si no son consecuencias necesarias del régimen capitalista ni se hallan en él implicados, sólo á su sombra existen y sólo por él son posibles.

Ni podía ser de otro modo. El orden social no es un organismo á la manera como lo es el cuerpo humano. La naturaleza no procura de él sino el protoplasma primitivo, dejando su ulterior evolución y desenvolvimiento á la historia. Esta es la que engendra lenguas, sistemas, comunidades, instituciones, leyes. Obra de los hombres, la organización social tiene algo de intencionado y reflexivo. Adecuar medios á fines, no es carácter de la naturaleza, sino del espíritu. Desde la locomotora torpe y pesada de Stephenson hasta la máquina airosa que arrastra hoy un tren expreso, toda la labor de los mecánicos ha consistido en utilizar cada vez mejor la potencia, suprimiendo los rozamientos á fin de obtener el mayor efecto útil con el menor gasto posible. ¡Qué de tentativas, qué de esfuerzos, qué de estudios, qué de cálculos á ese propósito! Y se pretende que el mecanismo social, infinitamente más complejo, se perfeccione por sí mismo! ¿No es tal pretensión aun más desatinada que lo sería la de que la naturaleza, entregada á sí propia y sin in-

tervención humana, produjese la locomotora? Mal puede ser la anarquía principio de organización, ni dar por resultado el desorden un prudente y discreto aprovechamiento de fuerzas.



SOCIOLOGÍA NATURALISTA

¡Volvamos á la naturaleza! Jamás ha escuchado la historia un grito más revolucionario. A sus ecos hundiéronse los tronos, se transformaron las instituciones, abolióse el vasallaje, se desvanecieron los gremios, se extinguieron las vinculaciones, cambiaron las costumbres y periclitaron las creencias. Hasta el párvulo en la escuela se sintió redimido, por ese gran clamor de guerra, de la servidumbre cruelísima de la vieja pedagogía.

¿Qué naturaleza era esa que invocaban los grandes iconoclastas de los convencionalismos caducos? Quiere Kant reintegrar al hombre en el goce de su libertad moral, Locke devolverle su libertad civil, Hobbes garantizarle su seguridad personal, Rousseau restaurar para él aquel estado de pristina pureza con que le supone salido de manos de su Creador. En toda la escuela del llamado derecho natural domina el propio espejismo. Lo ideal hace las veces de real, la naturaleza se confunde é identifica con la razón. Y aquellos profundos pero ingénuos pensadores, aquellos sublimes despreciadores de los hechos, ha-

brían quedado asombrados si alguien les hubiera dicho que nada hay tan natural en el mundo como esos artificios que ellos se esforzaban por destruir.

El naturalismo moderno tiene muy otro sentido. A sus ojos la humanidad es un fenómeno más en la naturaleza, la Sociología un capítulo de la Biología general. Las leyes que rigen la vida de los pueblos no son otras, en definitiva, que las que regulan el proceso vital de los organismos. No hay diferencia intrínseca entre la historia de los imperios y la evolución de los astros. Las fuerzas que mueven las masas, impelen la savia, excitan el nervio ó contraen el músculo, son en el fondo las mismas que engendran las más altas manifestaciones del espíritu: el amor, la piedad, la delicadeza, la abnegación, el heroísmo, el genio.

En estos principios se halla informada la novísima sociología. Schaeffle identifica á la sociedad con un cuerpo vivo y estudia su anatomía y su fisiología. Darwin y Hœckel sorprenden en los animales los primeros bosquejos de lo que han de ser luego creencias, sentimientos é instituciones humanas. Lubbock y Tylor hallan en el salvaje, salido apenas de los linderos de la animalidad, los rudimentos de todo el desarrollo ulterior. Los criminalistas italianos hacen de la ciencia del delito una especie de patología y encuentran razones con qué defender la pena de muerte. Spencer restaura las intransigencias del ya moribundo individualismo y afronta valerosamente las con-

secuencias lógicas pero inhumanas del principio de la lucha por la existencia.

No discutamos el fundamento de esta doctrina, que ha de ser, sin duda, fecunda en progresos para la ciencia y la verdad. Con ser ese fundamento real, puede no serlo la dirección que se le ha dado. Y para probar que así es, vamos á limitarnos á aducir dos ejemplos.

Todo movimiento, toda actividad en el mundo, dice el naturalismo, resulta de un desequilibrio, de un desnivel. Desnivel en el terreno, que ocasiona el salto del agua y mueve la turbina. Desnivel en la presión que engendra los vientos é impulsa las naves. Desnivel en la temperatura que empuja el émbolo y arrastra á la locomotora. Desnivel en la tensión eléctrica que hace funcionar el telégrafo y el teléfono y transporta instantáneamente de uno á otro extremo del mundo la palabra hablada ó escrita. Ahora bien, niveladores, vosotros váis contra la ley de la naturaleza que quiere que, á mayor desequilibrio corresponda más grande actividad. Vuestra igualdad es la igualdad en la nada. Trabajáis contra la vida. Alcanzado vuestro ideal, la sociedad estará nivelada como una laguna, pero también, como ella, inmóvil, estática y muerta. Repartid uniformemente el calor entre los cuerpos y todo fenómeno habrá cesado en el mundo; repartid entre los hombres por igual los bienes de la vida y habréis dado fin á la historia.

Consecuencias: nada hay tan deseable como los grandes desequilibrios de fortuna. Es indis-

pensable llevar á su último grado los extremos de la opulencia y de la miseria.

Una sociedad será tanto más rica, tanto más próspera, tanto más feliz, cuanto mayor sea la distancia que en ella separe la extrema riqueza de la indigencia extrema. ¿Y por qué limitarnos al orden de los bienes materiales? ¿Por qué ceñirnos á dejar obrar á la naturaleza? Secundémosla. Así como procuramos aumentar artificialmente la altura de la cascada ó la potencia de la pila eléctrica, aumentemos también, cuanto esté en nuestra mano, las desigualdades sociales. Hay grandes y pequeños, privilegiados y desheredados, libres y siervos. Con sólo que las alturas sean accesibles á los de abajo, está cumplida la condición que demanda el estímulo. A mayor desigualdad, mayor trabajo.

Contemplad ese hermoso pasaje, dice el naturalismo. Canta el pájaro en la espesura; un viento suave agita dulcemente las ramas de los árboles; envuelto en manto espléndido de grana y oro, húndese el sol en el horizonte con serena majestad. ¿No se diría que ese bosque, ese lago, esa pradera forman parte de un templo augusto elevado á la paz universal, y que ese silencio lleno de solemnidad, en el cual se siente palpar la vida, es el himno propio de la sublime armonía de las cosas? ¡Vana, engañosa ilusión de la ignorante poesía! Ese campo, tan tranquilo en la apariencia, es en realidad terrible campo de batalla. Bajo esa calma superficial se ocultan todos los horrores de la lucha por la existencia. El pájaro,

cuyos trinos encantan vuestros oídos, no es más que un glotón y formidable devorador de insectos. La flor exhala su perfume, no para embalsamar el aire, sino para disputar á sus rivales el polen fecundante que lleva el insecto en sus alas. Bajo la tranquila superficie de las aguas, se entregan los peces á luchas frenéticas. Cada mota de hierba es teatro de batallas dignas de los cantos de Homero. Hasta las raíces, hundidas en la tierra, pugnan por arrebatarse unas á otras los jugos vivificantes del suelo. En cada gota de agua, héroes microscópicos reproducen el drama de la gran batalla de los seres. Tú mismo, poeta, soñador que te embriagas con esos delirios de eterna paz y universal concierto, ¿eres otra cosa sino el más ávido, el más destructor, el más insaciable de los mónstruos que hacen de la muerte la tributaria de la vida? ¡Y pretendéis que el hombre sea una excepción en el mundo! ¡Y queréis que la paz sea la ley de las sociedades! ¡Y abomináis de la lucha dura, pero fecunda, en que los intereses individuales puestos en conflicto, impulsan el progreso y cumplen los decretos del destino! ¡Y pugnáis por sustituir vuestros menzudos convencionalismos jurídicos á la norma perdurable de la naturaleza y á la ley misma de la vida!

Consecuencia: la paz es un mal; no hay otro bien que la discordia. Sea el hombre un lobo para el hombre. Que también en el seno de las humanas sociedades, el pez grande devore al chico. Sirva el egoísmo de móvil del obrar, la fuerza de

razón, la impotencia de único freno. No hay entre los hombres otra solidaridad sino aquella que conduzca á aumentar sus energías devoradoras. No haya entre las naciones otra paz sino aquella que les convenga. Haga cada cual de su propio interés la medida de lo justo y de lo injusto. Borremos las leyes; quememos los Códigos. Desteerremos de nuestras almas todo sentimiento de justicia y de humanidad. Pues la ley de la naturaleza es la lucha, luchemos. En los males particulares se engendra el bien general y de la recíproca destrucción de las partes dimana la subsistencia del todo.

¿Qué enseñan estos ejemplos? ¿Qué sòn falsas las leyes de la Biología ó las de la Física? Nada menos que eso. Lo que hay es que, al aplicarlas al hombre, se olvida acaso demasiado lo que de peculiar y distintivo ofrece la humana condición. El hombre no es una turbina, no es una nave, no es un telégrafo, no es una locomotora. El hombre no es un vegetal, no es un pájaro, no es un insecto. Es un sér racional, moral, justo, piadoso, capaz de cumplir el deber, de sacrificarse por las ideas, de sentir conmiseración, de arrostrar el martirio. Donde la naturaleza permanece impassible, él se indigna. Donde la naturaleza mata, él compadece. Donde la naturaleza calla, él protesta. Donde la naturaleza impone, él se rebela. Es un gran perturbador del mundo, un gran insurrecto contra el todo. Es el Satán de la realidad que pronuncia el *non serviam* enfrente de las mismas leyes inexorables de la vida.

Toda la obra de la civilización es, en cierto sentido, una obra contra naturaleza. Mediante la intervención intencionada de ese sér natural, la naturaleza se ve forzada á contradecirse á sí misma. Llega el artista, encarna lo ideal en lo real, toma las formas naturales y engendra con ellas seres imaginarios, fantásticos, absurdos, imposibles. Llega el científico, estudia las leyes naturales y enseña el modo de esquivarlas ó de vencerlas. Llega el industrial, se apodera de las fuerzas naturales que encuentra y las somete á sus designios. El trabajo salva el abismo, horada la montaña, fecunda el yermo, deseca el pantano. Allí donde la naturaleza puso un istmo, abre un canal la ingeniería. Cuando el organismo enferma, el médico sana.

¡Y la organización misma de la sociedad humana sería una excepción de esta regla! ¿Tomaremos, para regular nuestras relaciones, ejemplo en los seres inanimados y lecciones de las bestias? ¿Trocaremos la ley de la justicia por la ley del desnivel y el ideal de la paz por la mutua destrucción de los seres? ¿Iremos á buscar la norma de nuestra conducta en el desequilibrio de las temperaturas y no en los dictados de la conciencia y del derecho?

Volvamos á la naturaleza en buen hora, pero sea á la naturaleza del hombre, no á la de las cosas. No imitemos á la naturaleza en su inflexibilidad, en su dureza, en su carencia absoluta de toda norma de equidad, en su ciega y brutal indiferencia respecto del bien y del mal. No renun-

ciemos, á pretexto de que somos seres naturales, á todo sentimiento altruista, á todo instinto de justicia, á todo espíritu de abnegación, á toda noción de deber, para calcar la organización de la vida civil sobre el modelo de las leyes que rigen á la materia inerte ó de los impulsos que mueven la inconsciente actividad del bruto.

Si tal hiciéramos regresaríamos pura y simplemente á la animalidad pasando por la barbarie. A los exagerados partidarios de esta novísima sociología, cabe decirles lo que cuentan escribió Voltaire á Rousseau condensando en ingeniosa frase la crítica de una de sus obras: «al leerlos me entran ganas de andar en cuatro pies.»



SOCIALISMO CATÓLICO

Diez y nueve siglos hace que un hombre obscuro, desde un oscuro rincón, predicó al mundo la más revolucionaria, la más utópica, la más disolvente de las doctrinas. Los delirios más audaces de la demagogia son nada en su comparación. No recomendaba el Cristo el reparto de la propiedad; condenaba, anatematizaba la riqueza. No quería la organización del trabajo; exaltaba la imprevisión que aguarda de Dios el sustento y el vestido, por milagros de la fe. No demandaba la igualdad de todos; invertía los términos de las sociales jerarquías, proclamando la aristocracia de los humildes, de los desheredados, de los perseguidos, de los pobres de cuerpo y de espíritu. No propagaba el amor libre; proscribía el amor de los sexos como pecado y maldición. Jamás el espíritu humano ha formulado conclusiones de tamaño radicalismo. No las bases de la sociedad, las condiciones mismas de la vida eran por aquella doctrina contradichas. ¿Qué es el anarquismo moderno, con su mezquina pretensión de abolir el Estado, enfrente de aquella revolución gigante que intentó derogar las leyes de la Naturale-

za? A haber prevalecido los dictados de la perfección evangélica, la especie humana se habría extinguido en el místico suicidio de la castidad.

¡Mudanzas singulares de la historia! A la vuelta de diez y ocho siglos, los discípulos de aquel sublime agitador, ligados en alianza indisoluble con los poderosos, con los dominadores del mundo, oponían á las reivindicaciones del pueblo el *non possumus* de la fe. Su causa era la de los monopolios, la de los privilegios, la de la opresión contra la libertad, la de los potentes contra los humildes. En nombre del Redentor combatían la redención. En nombre del Evangelio anatematizaban la democracia. El santuario del Cristo fué convertido en arca santa de la propiedad burguesa. Los apóstoles del celibato se dijeron defensores, enfrente del matrimonio civil, de la santidad de la familia. La sublime utopia evangélica se vió transformada en señuelo de la más trivial y pedestre de las reacciones.

La historia había operado el cambio. El Evangelio no podía ser y no fué. Jamás la Humanidad se habria resignado á la inmolación voluntaria que implica la perfección cristiana. Hubo que transigir con el mal. Hubo que aceptar, á despecho de los textos, familia y propiedad. Empleóse al efecto una de esas sutiles distinciones en que es consumada maestra la teología. Se distinguió entre el precepto y el consejo. Reservóse la perfección para los perfectos; dejóse al vulgo la libertad del cuasi pecado. La obediencia, la pobreza, la castidad, fueron sólo obligatorias para

el clérigo. Toleróse en el lego el derecho, la propiedad, el matrimonio. La virtud y el vicio pactaron un *modus vivendi*. Así convivieron largo tiempo la sociedad eclesiástica y la seglar. En el actual estado de una y de otra puede hallar el observador los efectos respectivos de la ley de Naturaleza y la llamada ley de gracia.

Basta á los principios amoldarse al medio para encarnar en los hechos; las utopias no alcanzan á vivir si no es negándose á sí mismas. Era fatal que el Evangelio, triunfante, se convirtiera en su contrario. Así nos lo enseña la historia de la lucha entre la revolución y la Iglesia. Andando los tiempos, la humildad del clérigo trocóse en soberbia, su pobreza en opulencia, su castidad, al decir de las propias autoridades eclesiásticas, en fuente fecunda de impurezas. Con ser inasequible la perfección cristiana, más se acercaron á ella, en lo que tiene de real y humano, los legos que siguieron las inspiraciones de la Naturaleza que no los clérigos entregados á la gracia. Por eso, al estallar la revolución, el Evangelio semejava más bien bandera de la democracia que no estandarte de la Iglesia.

Triunfó el movimiento redentor del 89 de todos los obstáculos tradicionales. Desvinculóse el poder, reivindicóse la soberanía, libertóse al individuo, emancipóse la conciencia. En esta gran lucha la Iglesia figuró entre los vencidos. Mantenía con el trono secular alianza. Gozaba de privilegios que la democracia la arrebató. Tenía bienes de que se vió desposeída. Acostumbraba

á ejercer sobre el Estado un imperio que caducó. Pretendía imponer á las conciencias una coacción que fué abolida. Jamás perdonó á la revolución tales agravios. En vísperas del actual pontificado no vaciló en arrojar el guante á la sociedad y declarar la guerra al siglo. Investido de la omnipotencia verbal y teórica de la infalibilidad, Pío IX llevó al sepulcro la ilusión de un triunfo sobre la sociedad, de una abjuración de la ciencia y de una sumisión del mundo.

Y he aquí que, inopinadamente, cuando el formalismo democrático creía consumada la obra de la revolución y cerrada para siempre la era de las transformaciones sociales, la aspiración socialista se levanta pujante y enérgica donde quiera, reclamando el cumplimiento de las promesas revolucionarias y protestando de la obra de la libertad abstracta como de una innoble mixtificación. ¿Podía la Iglesia permanecer ante ese movimiento sorda é indiferente? ¿Qué coyuntura de rehabilitación, qué esperanza de revancha la que le deparaba el destino! Todo incitaba al catolicismo á tomar parte activa en la gran agitación socialista. Refrescando las tanto tiempo olvidadas reminiscencias evangélicas, podía justificar su actitud. El movimiento socialista prometía ser un gran peligro para la odiada libertad. ¿Quién sabe sí no traía en sus entrañas la contrarrevolución! Ampararle era alcanzar una anhelada represalia contra la incrédula burguesía. A su sombra cabía realizar la reacción antisemítica contra esos deicidas, transformados en sobera-

nos del capital, que semejan instrumentos de una providencial venganza ejercida á través de los siglos sobre los seculares opresores de su raza infortunada. El catolicismo podía hacer valer su sentido societario y colectivo enfrente del intrínseco individualismo protestante. Y supremamente la Iglesia, relegada por la revolución al puro dominio espiritual, podía abrigar la esperanza de reconquistar, á nombre de los ideales socialistas, el imperio terreno y la perdida dirección de los asuntos mundanales.

Del conjunto de todos estos factores y desig-nios se compone el llamado socialismo católico. De aquí la universalidad del impulso de esa vasta empresa que ha contado y cuenta entre sus propulsores las más relevantes figuras del catolicismo contemporáneo: Gibbons, Manning, Ketteler, Mermillod, Vogelsang, el conde de Mun. Jamás la Iglesia hubiera iniciado tal movimiento. Viéndole potente, trata de dirigirle. ¿Hay nada más lógico? En la Edad Media había que pactar con el feudalismo. En los comienzos de la moderna había que estar bien con los reyes. Hoy el porvenir es del obrero. Unírsele es entrar en la gracia del heredero necesario de la soberanía.

Hombre de menor alcance y de mayor ingenuidad, Pío IX hubiera acaso resistido la invasión de las nuevas ideas. León XIII es, ante todo, un político. No se ha creído en el caso de hacer con los Gibbons, los Manning, los Mermillod, lo que hizo su antecesor con los Lacordaire, Montalembert y Lamennais. El haber abominado en el año

78 de la democracia socialista como de «mortífera pestilencia», no le ha impedido adoptar luego en su célebre Encíclica *De conditione opificum* no pocas de sus soluciones. No obstante lo cual, quien haya seguido con mediana atención las evoluciones del socialismo católico, comprenderá que la declaración pontificia, que se pretende falsamente hacer pasar como una iniciativa espontánea del socialismo papal, no es en el fondo otra cosa sino una llamada de atención, destinada á prevenir los excesos comprometedores de un celo poco discreto.

¿Qué es, en suma, la tan cacareada Encíclica? No más que una sutilísima componenda. Bastiat podría suscribir una mitad y la otra mitad Lassaile. El discípulo del predicador de la Montaña preconiza, como cualquier economista ortodoxo, el móvil del interés individual. El sucesor de los Apóstoles defiende la propiedad privada contra lo que él llama delirio comunista. El supremo órgano del misticismo cristiano dícenos que la vida presente es cosa buena en sí y apetecible. A vueltas de esto exhorta á los patronos á que no extremen su tiranía; recomienda la equidad en el salario, la medida en las horas de trabajo, el respeto del descanso dominical. Y esto es todo. Ni vislumbre de un nuevo orden de derecho, de una organización más perfecta de la propiedad. El Padre Santo se queda satisfecho cuando ha enunciado esta verdad profunda: que las luchas sociales no serían tan enconadas si patronos y obreros fuesen perfectos, como nuestro Padre celeste.

Había que hacer mucho más ó no hacer nada. No basta recordar, como lo hace la Encíclica, muchos de los pasajes en que Jesucristo conmina á los ricos con terribles amenazas y ensalza la pobreza como una condición de la eterna bienaventuranza, para concluir luego, con inconcebible ilogismo, la legitimidad moral de la opulencia. De romper el silencio, fuerza era recordar la doctrina de las grandes lumbreras de la Iglesia. Había que recordar cómo San Basilio dijo que el rico es un ladrón; cómo San Juan Crisóstomo predicó las excelencias de la propiedad común que León XIII rechaza; cómo, en sentir de San Jerónimo, es siempre la riqueza efecto del despojo; cómo, al decir de San Ambrosio, la propiedad privada procede de la usurpación; cómo, en opinión de San Clemente, ordena la justicia que todo sea de todos. ¡Nutrido arsenal de autoridades, con que pudo el Pontífice dejar tamañitos á los Marx, Lassalle, Bebel, Krapotkine, Reclus, con toda la caterva de mutualistas, colectivistas y anarquistas!

De no decir todo eso valiera más haber callado. El tibio y lírico socialismo papal hallábase condenado á irremisible fracaso. Predicar á los pobres la paciència y á los ricos la caridad, no es resolver el problema social. Los unos se han cansado de ser pacientes antes de que los otros se hayan decidido á ser caritativos. No se trata de un problema de moral, sino de derecho. Aunque la predicación pontificia lograra enternecer el corazón de los opulentos, nunca ya se resignarán

lòs pobres á recibir como limosna lo que reclaman como justicia. Desde el momento en que el Papa sanciona como inmutable la actual propiedad quiritaria, es un hecho la impotencia del socialismo católico. Por eso todo el socialismo auténtico, el socialismo democrático, ha acogido con tan sardónica indiferencia la inusitada intervención en la social contienda de un poder que, perdido el imperio espiritual sobre las almas, se esfuerza en vano por influir en los destinos de los pueblos.

Hay contra el pretendido socialismo católico un argumento incontestable. Se puede tener fe en la eficacia del aceite de hígado de bacalao para combatir la debilidad y el raquitismo. Pero si alguien que viniese usándolo desde su más tierna infancia degenerase, á pesar de ello, en débil y raquítico, mal acogido sería quien le recomendase el tal aceite como remedio á su dolencia. Mil novecientos años de catolicismo no han impedido que la lucha social surgiera. ¿A quién puede ocurrírsele que se halle en el catolicismo la solución de la lucha social?

El misticismo predicado por el Cristo fué transformado por los intereses mundanales en instrumento de sus egoismos. El privilegio se enseñoreaba de la tierra y relegaba la democracia al cielo. La iniquidad dominaba este mundo y abandonaba á la justicia el imperio de la otra vida. Esto ya acabó. Los pueblos han dejado de aceptar las letras giradas contra la eternidad. Cada uno quiere recibir de presente su parte de

vida, de derecho, de dicha, de bien. Ya no se fía aquí. Cuando el Papa, exhumando textos, habla á los pobres de las promesas evangélicas, se expone á que éstos le contesten: «Venga á nos el dinero de los ricos y que se salven ellos.» Ante semejante disposición de los espíritus, no hay socialismo católico que valga. Ni patronos ni obreros cederán un ápice en sus pretensiones á cambio de su asiento en el paraíso.



LA LENGUA Y LA PLUMA

Dolíase aun no ha mucho cierto crítico, más afamado por su agudeza que no por su indulgencia, del estado de postración en que yace, según él, entre nosotros la prensa periódica. Y puesto á indagar las causas, hallaba la principal en la abstención sistemática de los trabajos periodísticos por parte de nuestras sumidades más eximias, las cuales, una vez elevadas al pináculo de la celebridad y la fortuna, dejan dormir la péñola, si antes la esgrimieron, y se limitan á pronunciar raros y nebulosos oráculos, oficiando de Pitonisas en la trípode de la *interview*.

Es patente; entre las dos formas en que el verbo humano se encarna, late, bajo engañosas apariencias de armonía, la serpiente de la civil discordia. Uno á uno la tribuna roba á la prensa sus prestigios. La palabra hablada es la enemiga natural de la palabra escrita. La lengua hace á la pluma una ruinoso competencia.

El hecho no es siquiera privativo de nuestro país y de nuestro tiempo. Durante lo que pudiéramos llamar el ciclo romántico de la política, se

reproduce con constante regularidad. Frente á la brillante pléyade los Chatam, los Burke, los Fox y los Sheridam, apenas si puede ofrecer el periodismo inglés otro escritor de nota que el autor misterioso y anónimo de las célebres *Cartas de Junio*. En todo el siglo de elocuencia que va desde Mirabeau hasta Gambetta, los de Camillo Desmoulins, Pablo Luis Courier y acaso Emilio Girardín son los únicos nombres de periodistas que haya grabado la pluma por modo indeleble en la memoria de la posteridad. Para un *Figaro* ó un *Lorenzana* ¡cuántas estrellas de primera magnitud han fulgurado con resplandor inextinguible en el cielo de nuestra tribuna! Y así tendrá que ser cuándo y dónde quiera se haga la vida pública, más bien por impulsos de pasión y sentimiento, que obedeciendo á los dictados de la conciencia reflexiva.

Sólo que el mal entre nosotros tiende á hacerse crónico. Esta es nuestra idiosincrasia. El predominio retórico es casi una fatalidad de nuestro temperamento. Aquí, á despecho del proverbio, todo el mundo nace orador. Las exuberancias orientales de la fantasía nacional se avienen difícilmente con la pura enunciación del pensamiento, que encuentran seca y fría, mientras hallan su expresión adecuada en el arte, á la vez plástico y dinámico, mímico, figurativo y un poco teatral de la elocuencia. La misma lengua, rebelde á la severa concisión del escrito, es instrumento maravilloso para las sonoras retumbancias de la oratoria.

Raza de artistas, según hemos convenido en llamarnos, tenemos en más el culto externo que no la intrínseca devoción de las ideas. Cooperá á ello la agilidad del cerebro latino, probada experimentalmente por Mosso, esa funesta facilidad de acción y reacción que hace á la gente meridional tan apta por lo común para manejar la frase cuanto inepta para profundizar el concepto. El triunfo oratorio tiene algo de personal, propio para halagar la vanidad á que tanto propenden los espíritus en que la imaginación predomina. Agitar las almas, conmover á las muchedumbres, hipnotizar y sugestionar á los grandes públicos, calmar las pasiones con un ademán ó excitarlas con un apóstrofe, producir á placer el entusiasmo ó engendrar el enternecimiento, arrancar alternativamente las risas de los labios ó las lágrimas de los ojos es constituirse por tiempo en una especie de semidiós. Añádase á tantas facilidades é incentivos la docilidad de un auditorio que se presta encantado á tales experiencias de hipnotismo; público perezoso á cuyas aficiones cuadra mejor que la actividad de leer la pasividad de escuchar; país bienaventurado, compuesto de individuos para cuyas tres cuartas partes aun no se ha inventado la imprenta, y se comprenderá cómo el triunfo de la lengua sobre la pluma se halla implicado para nosotros en la propia ley dinámica y biológica conforme á la cual toda fuerza sigue necesariamente aquella dirección en que es menor la resistencia.

Así la palabra lo es todo. Ella hace aquí las

veces de historia, de consecuencia, de desinterés, de habilidad, de acierto, de fortuna, de genio, de virtud. Nunca mejor aplicada la manoseadísima frase del príncipe de Dinamarca. Contra toda ley económica, la abundancia de la oratoria en nada perjudica á su estimación en el mercado público.

Jamás la oferta de retórica basta á satisfacer las exigencias del pedido. Quien «tiene palabra», todo lo tiene. El que carezca de ese don, así fuese más sabio que Aristóteles, más prudente que Nestor, más astuto que Ulises, más piadoso que Eneas, más esforzado que Aquiles y más patriota que Kosciusko, no pasará de ser un Don Nadie. «¡Quién supiera hablar!»; tal es la doliente optación de todo ambicioso balbuciente ó tartamudo. El «¡quién supiera escribir!» se queda para la heroína de la dolora. El escribir, en nuestros tiempos, no lleva á parte alguna. Nada, pues, tan lógico y justificado como el profundo menosprecio con que el más mínimo de los oradores considera entre nosotros al *más máximo* de los folicularios, como solía llamarles Chesté, cuando, allá en sus mocedades, amenazaba fusilarlos.

Pretender que los jóvenes de porvenir den paz á la lengua para enristrar la pluma, ¿no equivale á pedirles que renuncien á subir fácilmente al Capitolio por empeñarse en seguir, con esfuerzo y dificultad, el camino del hospital?

«La pluma es la lengua de la reflexión», decíanos en cierta ocasión un doctor no menos ingenioso que sábio. Si la metáfora no resultara algo barroca añadiríamos de buen grado al anterior

este aforismo: «la lengua es la pluma de la pasión, del sentimiento, del instinto y de la fantasía.» Tal vez no se halle muy lejano el día en que las gentes se asombren de que haya podido concederse á la verbosidad una tan grande influencia sobre el destino de los pueblos y encuentren no menos extraño el confiar la dirección de los negocios públicos á los grandes oradores que pudiera serlo el encomendárselos á un pintor distinguido ó á un eminente maestro de violín. Aun éstos tendrían sobre aquéllos la ventaja para el caso, de que su arte, menos falaz, no es un instrumento adecuado para defender por igual el pro y el contra, vestir la mentira con apariencias de verdad, dorar la píldora del sofisma, obsesionar al oyente y dominar á los espíritus penetrando en ellos, no por la puerta de la reflexión, sino por el portillo de la emotividad y las pasiones.

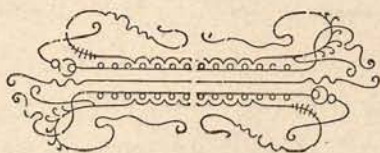
Mientras ese día llega hay que convenir en que la situación creada á la pluma por la soberanía de la lengua no tiene hoy por hoy entre nosotros nada de envidiable. Sólo el maestro de escuela puede competir con el periodista en punto al contraste que forma con la alteza augusta que retóricamente se atribuye á su función, la desestima rayana en menosprecio en que se tiene á los que la cultivan. Su vida es dura. Esclavo de la actualidad, le pertenece por entero desde los piés á la cabeza. Inclinado sobre las cuartillas, pásase las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio para empujar su roca de Sísifo, tejer su tela de Penélope y llenar su tonel de las Da-

naidas, si es lícito remozar ahora los viejos *clichés* del metaforismo mitológico. Encargado de saciar la sed *tantálica* del respetable público, corre afanosamente de Ceca en Meca y de zoca en colodra, con gran consumo de suelas y otros «medios de locomoción.» Obligado á tratar, según las necesidades del momento, de *omni re scibile*, ha de tener convertido el cerebro en una novísima edición de la Enciclopedia. Y como resultado de una labor infatigable, suele obtener el mismo que alcanza quien predica en desierto ó quien machaca en hierro frío.

En cambio tantos afanes son, por lo común, bien recompensados. Verdad es que desde que las ternuras domésticas y los parentescos por afinidad han invadido la vida pública, el tálamo ha sustituido á las redacciones en la misión de proveer al país de hombres políticos y administrativos. Pero los sueldos, por lo general, suelen ser pingües. La amenaza de un lance personal, siempre posible para aquel que tiene por oficio meterse donde nadie le llama, contribuye á mantener despiertas las energías del periodista. Una legislación paternal, que equipara sus deslices á asesinatos y los pena como parricidios, le inculca la saludable reverencia de las leyes. Teniendo por misión la defensa de los derechos y de los intereses de todos, se concita naturalmente la enemistad de cada uno. Y si por acaso osa depone por un momento el incensario ó dar paz al bombo, verdaderos emblemas de la profesión para muchos, los dioses mayores del olimpo de

las letras, á quienes enoja su crítica, pónenle de ignorante, procáz y deslenguado como no digan dueñas, y tan pronto le llaman *chico de la prensa*, aunque haya doblado por su mal la edad de los «amargos desengaños», como le califican de *mono sabio*, rústico yangüés y otras semejantes lindezas. Quien goza de tantas venturas vitalicias, bien puede consolarse de que lo efímero de su obra le cierre en las narices las puertas del alcázar de la inmortalidad y le rehuse el acceso á la gloria, esa feria de las vanidades de ultratumba.

Créannos los jóvenes que salen ahora, acabaditos de ilustrar, del augusto templo de Minerva. Cultiven ellos su voz y ensáyenla sin descanso hasta dar con toda facilidad el *do* de pecho parlamentario. Con esto y un buen matrimonio, carrera hecha. Cuanto á la pluma... *¡vade retro!* Quien les aconseje meterse en el avíspero periódico, ese se engaña ó les engaña, así fuere el tal consejero el más cáustico y también el más avisado y penetrante acaso de nuestros críticos.



SUICIDIOS

No parece en verdad muy práctico el disertar sobre un mal cuyo remedio no se nos alcanza. No será, sin embargo, ociosa su consideración en tanto que ese mal puede ser considerado como síntoma de hondas dolencias sociales. Y acaso consista el principal interés de su estudio en disipar algunos errores y prejuicios con que suele ser abordado el problema.

Determinar la causa de cada suicidio no es en verdad cosa tan llana. Un joven estudiante, de inteligencia clarísima y de un porvenir brillante, según toda humana previsión, se ha dado muerte recientemente en Madrid. ¿Motivo? El que uno de sus profesores se había negado á admitirle para los exámenes de Junio. ¿Cabe mayor desproporción entre la causa y el efecto? Salvo en casos de patología mental, nadie puede ver en esas causas insignificantes de resolución tan extrema sino móviles impulsivos que determinan una decisión larvada, la gota de agua que hace desbordar el vaso, la mínima fuerza de despren-

dimiento que ocasiona la explosión como una chispa hace estallar un polvorín.

Y hé aquí en lo que radica la gran dificultad del problema. Los datos estadísticos, único fundamento sólido de los juicios, no siempre en el particular merecen crédito. En la inmensa complejidad de las causas que determinan los actos humanos, es por extremo difícil asignar á cada uno la que le corresponde. No está la estadística aún en condiciones de extender su jurisdicción hasta los motivos internos. Suponiendo que cada suicida tuviese buen cuidado de informarnos con toda sinceridad de las causas de su atentado, muchos de ellos nos engañarían sin quererlo. Y es que las más hondas y eficaces de esas causas escapan casi siempre á los mismos interesados.

No quiere eso decir que haya de despreciarse el estudio de los hechos, fuente única de verdaderas enseñanzas. Pero una cosa son los hechos y otra muy distinta suelen ser los cuadros en que los encasillamos. Sirven de mucho los datos estadísticos cuando poseemos la clave para su interpretación. Por ello reconocemos, verbigracia, los casos de suicidios por neurosis hereditarias. Por ello es un dato luminoso el de que los suicidios por amor sean mucho más frecuentes en el sexo llamado bello que en el apodado fuerte; pero si fuéramos siempre á tomar al pie de la letra las clasificaciones de la estadística, incurriríamos en grandes errores. Hoy por hoy esos datos solo nos dan materia de remotas conjeturas y aproximaciones groseras.

Hémos, pues, de lleno en los piélagos de la hipótesis. La más sencilla y socorrida para explicar el fenómeno de ese incremento del suicidio que reviste actualmente proporciones tan espantables, es la consabida neurosis contemporánea. Vivimos demasiado deprisa; la lucha de la vida es para nosotros demasiado dura. Somos una generación enferma, *detraqué*. Estamos todos tocados. Si esto no se remedia, antes de mucho el mundo será un manicomio.

La certeza del hecho es indudable; su influencia actual sobre el suicidio parece indiscutible. Determinar la cuantía de esa influencia es ya más difícil. Es un grande error de muchos modernos el considerar la neurosis punto menos que como dolencia exclusiva de nuestro tiempo. Con raras excepciones la historia entera es un tratado práctico de frenopatía. Hay épocas en que la humanidad toda parece adolecer de insania. Las edades mesiánicas, los momentos de grandes luchas políticas y religiosas, son de ello buenos ejemplos. Entre los iluminados de Munster, entre los políticos del Terror, no parece que hay ningún cuerdo. La barbarie de la Edad Media semeja singularmente á la demencia. Durante una edad entera la historia de la civilización reviste las apariencias de un delirio. Algo hay de distinto entre esas viejas neurosis y la que padecemos, si es cierto, como se pretende, que aquellas grandes exaltaciones rara vez condujeron al suicidio.

Arrimando el ascua á su sardina imputan muchos el actual incremento del suicidio á la deca-

dencia de las ideas y sentimientos religiosos. Y hay en este juicio no poco de cierto. Lo irreparable del mal en la concepción materialista moderna puede conducir fácilmente á la desesperación. El terror del infierno ha podido mantener á muchos en la servidumbre de la vida, disuadiéndoles de la muerte. La reducción á los límites de la vida presente del cálculo utilitario de placer y dolor, en que consiste hasta ahora la moralidad de los más, puede conducir á algunos á acabar con el suicidio el saldo de tan mal negocio.

Mas si de estas consideraciones se pretendiese deducir la superioridad de la concepción mística de la vida sobre la concepción moderna, entonces ciertamente no resultaría el argumento. Si el misticismo condenó al suicidio no fué porque estimara la vida terrenal. En la concepción mística se truecan los términos naturales del juicio; el mal es bien, y el bien es mal; el dolor es apetecible; el placer execrable. Hay que vivir para sufrir. De aquí la resignación, no la activa que ordena luchar hasta el fin por ser la lucha ley de la vida, sino la pasiva que se refugia en la contemplación y en el claustro. De aquí una clase entera, numerosísima, de muertos vivos, verdaderos suicidas del espíritu. De aquí la mutilación moral de las pasiones y los afectos, ese semi-suicidio que es la perfección y que Origenes llevó, según es fama, hasta la mutilación material. El claustro, la contemplación, la penitencia, son buenos sucedáneos del suicidio. El asceta es santo si, por

matar sus pasiones, mata con flagelaciones su cuerpo. De suerte que lo que el misticismo prohíbe es solo el suicidio por motivos terrenales. Compárese ahora el número de suicidas actuales con los antiguos penitentes, monjes y ascetas, y se formará idea justa acerca de la pretendida superioridad que se atribuye en este respecto al pasado ideal sobre el presente.

Si, prescindiendo de vanas apariencias, fuéramos á penetrar en el fondo de las cosas, acaso encontraríamos que cada edad ha considerado al suicidio como lícito y aun meritorio, siempre que la inmólación voluntaria tuviese por móvil lo que es estimado como fin supremo en cada tiempo. Los más austeros de entre todos los moralistas, los estóicos, honraban al suicidio lejos de estigmatizarle. Ese acto, hoy tan condenado, corona en la antigüedad la vida de un Catón. Los místicos indios se arrojaban para morir bajo el carro de Jaggernaut. Los mártires cristianos buscaban con fruición la muerte entre espantosos suplicios. En nuestros días se ha hablado de la resolución de algunos anarquistas, dispuestos á morir voluntariamente á trueque de que sus correligionarios recogieran para aplicarlos al triunfo de la causa, el importe de sus pólizas de seguros. ¿Que muchos de estos son actos propios de héroes ó de fanáticos, según la opinión del que los juzgue, y no verdaderos suicidios? Difícil sería muchas veces la distinción. Entre esas muertes voluntarias y el suicidio pasional y aun calculado, la diferencia es sutilísima. Arria y Pœto se arrancan la

vida por no sufrir la opresión; Werther se mata por no ver á Carlota en brazos de su marido. Los mártires de la fe buscaron en la hoguera ó en el Circo el camino del cielo; el materialista moderno busca en el fondo del sepulcro la nada y el olvido. ¿Tan llano es trazar entre unos y otros la línea divisoria?

Werther tiene ya entre nosotros pocos imitadores. Con la decadencia del romanticismo han disminuído los suicidios por amor. Aparte la predisposición neurótica hereditaria, el suicidio reviste en la actualidad el carácter propio de nuestros tiempos positivos. Es un cálculo. Las gentes se matan, valga la expresión, *razonablemente*. Las enfermedades incurables y la miseria son los motivos más generales. La mayoría acaso de los suicidas actuales son personas que no pueden vivir. La insuficiencia de nuestros conocimientos para curar y aun para aliviar los sufrimientos de ciertos enfermos, la inestabilidad de las condiciones presentes de la vida económica y las durezas de una lucha despiadada por la existencia, son las verdaderas causas que engendran la mayor parte de esos atentados. Hacer desaparecer tales causas ó disminuir al menos su eficacia, sería aliviar el mal, y eso solo el progreso puede hacerlo. Aquí, como en todo, el remedio está delante y no detrás; en lo futuro y no en lo pasado.

Y antes que todos los motivos secundarios, como causa primera y general que constituye á modo del fondo común de principios, conviccio-

nes y sentimientos, sobre el cual actúan luego con eficacia los móviles particulares, debemos señalar al individualismo. Es esta una afirmación que seguramente hará sonreír á muchos. ¿Hay, sin embargo, nada más evidente? Mientras el hombre se considere en la colectividad como una parte del todo, mientras dominan su conducta con soberano imperio los motivos, los intereses, los fines corporativos, rara vez surgirá en su mente la idea de defraudar á la sociedad de su concurso con una muerte voluntaria. El suicidio es la rescisión de un supuesto contrato con el principio de la vida. Es la exaltación, la apoteosis de la libertad individual manifestada en un acto por el cual el sugeto se erige en árbitro supremo de su destino. De aquí el sello de grandeza de que se halla revestido á los ojos de los más, aunque las paradojas escolásticas hayan pretendido rebajarlo con la nota de cobardía.

Si la patología de tal dolencia es difícil, su terapéutica es punto menos que imposible. El Senado de uno de los pequeños Estados en que se hallaba la antigua Grecia dividida, acertó á atajar una epidemia de suicidio que había cundido entre las jóvenes doncellas, ordenando que el cuerpo de las suicidas fuese expuesto desnudo á las miradas del pueblo. Es acaso la única tentativa de represión contra el suicidio que recuerde la historia. Los medios preventivos son más accesibles. No ha mucho tiempo, con ocasión de una tentativa de suicidio que pudo por dicha ser evitado, dolíase la ilustre escritora francesa Mme. Severi-

ne de que los vecinos que abrieron las puertas y ventanas de la estancia para prevenir los efectos de la asfixia, no pudieran llevar al mísero suicida, junto con el aire para sus pulmones, el auxilio en sus necesidades y el consuelo de sus dolores. Sería sin duda demasiado pedir que la pareja que el gobernador de Madrid coloca previsoramente en el Viaducto tuviera á la mano el remedio de los males de cuantos intentan precipitarse desde aquella altura. Pero un poco de justicia en las relaciones humanas, una organización social menos bárbara, un cuidado más solícito por la educación intelectual y moral, la dulcificación de las costumbres, el desarrollo de verdaderos sentimientos de fraternidad, serían excelentes medios preservativos contra los extravíos de la desesperación.

Mientras esto no se haga, no se alcanza bien con qué derecho la sociedad se dá por ofendida cuando le niegan su cooperación el enfermo á quien no sabe curar y el indigente á quien no quiere asistir. Lejos de nuestro ánimo el defender el suicidio; pero se nos antoja que así la vieja moral absoluta que duramente le estigmatiza, como la novísima ciencia evolutiva que trata con tan soberano menosprecio á los vencidos de la vida, son demasiado severas para con esos desgraciados, los cuales, más bien que desdenes y anatemas, inspiran á los buenos un sentimiento de infinita misericordia.

LA SÁTIRA

Si se ha definido al hombre «un animal que ríe» y no «un animal que llora», es por una razón po-tísima que parece imposible desconozca el señor Pidal. (1) El ciervo herido suele al morir derramar gruesas lágrimas, en tanto que nadie ha visto jamás soltar la carcajada á un ternero. Los animales no ríen. Por eso han considerado algunos á la risa como distintivo de la especie hu-mana.

Bastara esa observación para hacer sospechar á cualquiera que hay en la risa un elemento ideal que la hace solo accesible al sér dotado de razón. Algunos animales superiores experimentan aflicción ó regocijo y los manifiestan á su modo, saltando, agitando la cola, llorando, aullando. Si no ríen es porque la risa no es la mera expresión de un estado interior del ánimo, sino el efecto de un contraste percibido por la mente. Con ser hermana de la alegría, la alegría sola no la produce. La risa no nace sino allí donde aparece lo

(1) Refiérese este trabajo al discurso leído por el Excmo. Sr. D. Alejandro Pidal ante la Academia Española en la recepción pública del Sr. Conde de la Viñaza el día 16 de Junio de 1895.

cómico. ¿Y qué es lo cómico sino el brusco é inesperado contraste entre la ley y el hecho, entre lo que debe ser y lo que es, divorcio de la esencia y la fenomenalidad, contradicción entre la idea y la realidad efectiva, que engendra, según la gravedad de los efectos y el punto de vista del sujeto, los dos aspectos encontrados de lo terrible y lo ridículo?

À haberse fijado el señor Pidal en que la risa es ante todo un hecho fisopsicológico y solo por ser esto es después la inspiradora de un sinnúmero de géneros literarios, acaso se habría contenido antes de ir á la Academia á lanzar contra la sátira una excomunión que pone fuera de su ortodoxia á una buena mitad de las grandes obras del génio. Ciertó que la hilaridad es impropia de la compostura de las corporaciones doctas. Semejantes en esto á los animales, las Academias nunca ríen. Así y todo, parece temeraria empresa, aun para las ~~del~~ académico mestizo, esa de fuerzas fulminar un anatema desde la cátedra de los inmortales contra la sátira y los satíricos en esta tierra que se enorgullece con ser pátria del autor del *Quijote*. Vea el señor Pidal qué discurso de recepción ha dado tanto que hacer, ni siquiera tanto que reír en el mundo, como esa sin duda á sus ojos insignificante y envenenada satirilla.

No valdría en verdad la absurda diatriba pidalesca la pena de ocuparse en ella, si no fuera la expresión de un prejuicio muy extendido que hace considerar por muchos á los satíricos como hombres de negras intenciones y de mala en-

traña. Y hay aquí, como en tantas otras cosas, muchas distinciones que hacer. Un abismo separa la brutal carcajada del rústico que esterioriza en ella su interna grosería, de la renombrada salática. Otro más insondable media entre la burla malévola que deprime y la fina sátira que aspira á corregir riendo. Sólo que Pidal, consecuente con su punto de vista, no percibe sino el abuso. Es en los reaccionarios una fatalidad de temperamento. En todo derecho ven el exceso, en toda acción el peligro, en toda marcha la caída, en todo placer el pecado. Nada para ellos, si se exceptúa la represión, es capaz de contenerse en los términos de lo lícito. ¡Tan ruín idea tienen los tales de la humana condición!

Si lo cómico no hubiera tenido en el mundo otra misión que la de producir un franco regocijo, bastara ella para justificarlo ampliamente. ¿No es nada hacer olvidar por un momento á los humanos sus tormentos y miserias para arrancar de sus lábios esa risa fresca, espontánea, expresión cierta del contento que es como la salud de ánimo? ¡Desgraciados los que, en materia de risa, no podemos predicar con el ejemplo! Una vieja tradición romántica, interpretando abusivamente fenómenos aislados de regeneración por el sufrimiento, ha conducido á muchos al más grande de los absurdos, cual es el de deificar, ensalzar al dolor como instrumento de redención, y menospreciar al placer y al contento como fuentes de decaimiento moral. En las tramas de esa doctrina adusta se han dejado cojer muchos espíritus

generosos y liberales. Huyamos de tamaño absurdo, volvamos al sentido común, reconociendo que el dolor es el mal y el principio de todos los males. Salud y alegría son cosas sinónimas. Los autores de los poemas burlescos, de las novelas picarescas, de las caricaturas donosas, de los regocijados sainetes; hasta de esas creaciones bufas, género inferior de lo cómico que parece arrancar la risa con violencia y á la fuerza, á modo de un cosquilleo del espíritu, todos han de ser considerados, en tal concepto, como otros tantos bienhechores de la humanidad.

Pero tiene lo cómico en la literatura, si vale la paradoja, una misión más séria. Todavía resuena en la historia la risa aristofánica, con que el gran dramático ateniense fustigaba las ridiculeces de la sociedad de su tiempo. ¿Conoce el señor Pidal algo tan profundamente moralizador como aquellos caracteres inmortalmente cómicos que legó á la posteridad el insigne autor de *Tartufe*? Los modernos moralistas y pedagogos han descubierto un sentido profundo en las bufonadas violentas y tantas veces groseras de Rabelais. Swift es un Cervantes en pequeño. El humorismo de Thackeray encierra una honda crítica llena de saludables consejos. En manos de hombres bien sentidos el ridículo ha servido para extirpar vicios, mejorar costumbres, corregir defectos, denunciar abusos, con un poder proporcional al terror que á todos inspira y que le constituye en un instrumento de eficacia incalculable para la obra moralizadora.

Y aún ejerce la sátira otra función, la más alta con ser la más discutida. La ironía, que contrasta, por una intencionada ficción, lo que es con lo que ser debiera, puede llegar hasta el sarcasmo. En este grado se la tiene por vitanda. ¿Por qué? Los espíritus enamorados del ideal incurren necesariamente en ese supuesto exceso de lo cómico, región de la alegría dolorosa y de la risa amarga, donde el placer de la burla traspasa los linderos del sufrimiento. El sarcasmo ideal es el lamento de los grandes enfermos de la realidad, de los grandes heridos de la historia. Cristo, que nunca rió, al decir del señor Pidal, puso á la memoria de los escribas y fariseos, según ha observado Renan, un estigma sarcástico que la acompañará eternamente como una túnica de Neso. El austero Sócrates hizo otro tanto con los sofistas. A través de las ironías de los grandes satíricos se vislumbra siempre ese amor inextinguible de la justicia y del bien que les lleva á abominar de lo presente. Juvenal es un Tacito zumbón. A tales alturas los grandes burlones son los grandes tristes; Heine, Byron, maldicientes de la vida por ser cautivos del ensueño; *Figaro*, que acaba en el suicidio; Schopenhäuer, el más colosal de todos los fabricantes de paradojas; el *Hamlet* de Shakespear, traduciendo en monstruosas ironías su amargo disgusto de todo.

¡Y Pidal maldice de esas creaciones gigantes-cas, solo porque ha habido en el mundo un Voltaire! Existe entre los enemigos de lo cómico varias categorías. Unos carecen de tal suerte del

sentido necesario para estimarlo que hablan de ello como los ciegos de colores. Otros lo abominan porque lo temen. Los hay tan enamorados de la seriedad exterior, que toman la risa á licencia y descompostura. Muchos hacen de la tristeza un principio y quisieran que la humanidad sólo se ocupase en llorar día y noche sus miserias. Pero nadie execra tanto á la ironía como los titulares de los prestigios de relumbrón, de las grandezas de aparato, siempre temerosos de caer en los abismos del ridículo. El sarcasmo es para ellos mortal. Más que los furios de Danton preocupaban á Robespierre las sonrisas sardónicas de Fabre d'Eglantine. Su *vis cómica* llevó á la guillotina á Camilo Desmoulins. Y es que, así en los hombres como en las instituciones, el ridículo es la dolencia incurable de que todo lo falso muere.

Ahí tiene explicado el señor Pidal por qué viene Lutero después de Erasmo y tras de Voltaire el Terror. No es que un sollozo haya de ser forzosamente el precio de una carcajada, como lo afirma nuestro dogmatizante, siguiendo la costumbre, aquí consagrada, de hacer mangas y capirotes con la historia. Es que Erasmo y Voltaire han hecho en las ideas la transformación que Lutero y el Terror traen luego á los hechos. La risa no precede á la revolución; es ya la revolución misma. A bien que si la risa volteriana no hubiera encontrado un potente tornavoz en el espíritu de su tiempo, no alcanzara resonancia en los hechos. Bajo Felipe II, Voltaire no se habría reído de la gracia.

Mientras haya en el mundo tantas iniquidades que extirpar, tantos abusos que corregir, tantos prejuicios que disipar, tantas falsías que descubrir, tantas traiciones que castigar, no nos es posible, por respetos á Pidal, renunciar á la más potente de todas las armas de destrucción que han conocido los humanos. Esta sociedad burguesa en que vivimos tendrá también su Juvenal y su Voltaire. Es ley de la historia que hayan de derrumbarse al ruido de las carcajadas los muros de la Jericó de lo pasado. Un novísimo Moliere que sacara á las tablas la piedad religiosa de los antiguos compradores de bienes nacionales, la campaña moralizadora de ciertos padres de familia, la fidelidad dinástica de muchos políticos en uso, ¿no le parece á Pidal que alcanzaría éxito formidable? Lo menos que podemos reclamar los que tales cosas sufrimos, es el derecho de ponerlas un poco en berlina. Y en fin, si siempre hubiéramos de estar serios, ¿cómo diantres íbamos á arreglarnos para hablar, cuando viniese á cuento, de la Academia de la Lengua?

